

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XV.

Padre ó hija.

Aunque Mr. Gradgrind no se parecía á Barba-azul, su gabinete tenía todo el aire de una habitación azul, visto el sinnúmero de extractos de sesiones del Parlamento, que, como es sabido, se imprimen en papel de aquel color. Todo lo que los informes oficiales pueden probar, y en realidad os probarán cuanto gustéis, estaba demostrado en aquel regimiento de libros. En aquella sala encantada, las más complicadas cuestiones sociales estaban adicionadas, totalizadas y reglamentadas, para siempre jamás. ¡Si hubieran podido sospecharlo aquellos á quienes esto podía interesar! Semejante á un astrónomo que hiciera construir un observatorio sin ventanas, y se instalase en él, para arreglar con una pluma, tinta y papel el mundo de las estrellas, mister Gradgrind, instalado en su observatorio, sin necesidad de dirigir una mirada á los mil mamotretos que tenía á su alrededor, podía arreglar á

capricho la suerte del universo, y enjugar todas las lágrimas con un pedazo de pan.

Hacia aquel observatorio, habitación severa adornada con un reloj de pared, cuyo monótono aspecto tenía algo de estadístico, encaminó Luisa sus pasos la mañana en cuestión. Una de las ventanas daba vista á Cokeville, y cuando la joven se sentó cerca de la mesa de su padre, reparó en las altas chimeneas y las extensas nubes de humo que aparecían en el triste horizonte á que daban sombra.

—Mi querida Luisa (empezó diciendo mister Gradgrind); lo que ayer te dije ha debido prepararte á prestar seria atención á lo que tenemos que discutir juntos. Has sido tan bien educada, y me complazco en reconocerlo; haces tanto honor á la educación que has recibido, que tengo la más completa confianza en tu buen juicio. No eres apasionada, no eres novelesca, estás acostumbrada á mirarlo todo con la tranquila imparcialidad de la razón y del cálculo. Estoy seguro que de este modo mirarás y considerarás la revelación que voy á hacerte.

Gradgrind esperó un momento, como si hubiese deseado que Luisa respondiera cualquier cosa; pero Luisa no pronunció una sola palabra.

—Luisa, hija mía; eres objeto de una proposición de matrimonio que me han dirigido.

Gradgrind volvió á esperar, y tampoco esta

vez tuvo por conveniente Luisa decir una sola palabra. Tanto admiró este silencio á su padre, que volvió á repetir dulcemente :

—Una proposición de matrimonio , hija mía.

Entonces contestó Luisa, sin manifestar la más ligera emoción :

—Ya lo he oído, padre mío. Le aseguro á V. que no pierdo ni una palabra.

—Vamos (dijo Mr. Gradgrind, que empezó á sonreír después de haber permanecido confuso un momento) : nunca pensé que fueses tan dueña de dominar tus sentimientos ; pero quizás estarías ya preparada á oír esta revelación , que me comprometí á poner en tu conocimiento.

—Preparada ó no, quiero que V. me lo diga todo : quiero que no me ocultes V. nada.

¡Cosa extraña! En aquel instante, el mismo Mr. Gradgrind estaba menos tranquilo que su hija.

Cogió un cuchillo de rasgar papel, le dió mil vueltas entre las manos, lo dejó otra vez en la mesa, volvió á cogerlo, y paseó su vista por la hoja una y otra vez, antes de hallar la fórmula más conveniente para continuar la conversación.

—Lo que acabas de decir, mi querida Luisa, no puede ser más razonable. He prometido hacer saber.... En una palabra: Mr. Bounderby me ha anunciado que hace mucho tiempo ha seguido tus progresos con una satisfacción y un

interés singulares, y que también hace mucho tiempo que esperaba el día en que pudiera ofrecerte su mano de esposo. Este día, que ha esperado con tanta impaciencia, con tanta constancia, ha llegado por fin. Me ha pedido tu mano, y me ha rogado que te haga presente su súplica, en la esperanza de que la acogerás favorablemente.

El padre y la hija se callaron. El reloj, lúgubremente estadístico, dió la hora; la humareda lejana parecía más negra y más sombría.

—Padre (dijo al fin Luisa): ¿cree V. que yo amo á Bounderby?

Esta inesperada pregunta embarazó mucho á Mr. Gradgrind.

—En verdad, hija mía (respondió); en verdad que.... no me atrevo á contestar á esa pregunta.

—Padre (prosiguió Luisa con la misma entonación de voz): ¿exige V. que ame á Bounderby?

—Hija mía, no, no: yo nada exijo.

—Padre (insistió la joven): ¿exige Mr. Bounderby que le ame?

—En verdad, hija mía, que es muy difícil contestar á esa pregunta.

—¿No se la puede contestar terminantemente con un sí ó un no?

—Ciertamente, hija mía.... porque... (Aquí comprendió la necesidad de demostrar algo, y

se detuvo.) Sí, Luisa (continuó); porque la respuesta depende esencialmente del sentido que demos á la palabra empleada. Ni Mr. Bounderby se hace la injusticia, ni te la hace á ti, de aspirar á lo novelesco, á lo fantástico, ó... (empleo términos sinónimos), á lo sentimental. Mr. Bounderby no hubiera aprovechado las ocasiones que ha tenido viéndote crecer y desarrollarte á su presencia, y no puede olvidarse lo que debe á tu buen sentido y al suyo, hasta el punto de considerar las cosas bajo un punto de vista tan ridículo. Y me parece que la expresión de que te has valido no es en este momento la propia.

—¿Y qué otra quiere V. que emplee en su lugar, padre mío?

—Yo te aconsejaría (continuó Mr. Gradgrind, que ya había conseguido hacerse dueño de todos sus recursos); yo te aconsejaría, puesto que me consultas, que abordases la cuestión como estás acostumbrada á abordar todas las demás cuestiones; es decir, como un hecho positivo. Los ignorantes y los atolondrados podrían extraviar un hecho de este género con una infinidad de extrañas fantasías y otros absurdos que en el examen real no tienen existencia, absolutamente ninguna existencia. Pero no te lisonjeo diciéndote que tú no cometes semejantes errores. Véamos ahora cuáles son los hechos de que se trata. Pongamos que tienes en cifra redonda

veinte años; pongamos que Mr. Bounderby tiene del mismo modo cincuenta. Existe alguna desproporción en vuestras respectivas edades; entre vuestra fortuna y vuestra posición respectiva, no existe ninguna diferencia: al contrario, en este punto sois completamente iguales. Sólo se trata de saber si aquella desproporción basta para producir un obstáculo al matrimonio.

»Antes de considerar esta cuestión, no sería importuno consultar la estadística de los casamientos, tal como ha podido formarse hasta el día en Inglaterra y en el condado de Gales. Encuentro, consultando las cifras, que un gran número de estos matrimonios se han contraído por individuos de edades altamente desiguales, y que en una proporción de tres cuartas partes, el mayor de los contrayentes ha sido el marido. Un hecho notable, pues prueba cuán extendida está esta ley de que te hablo, es que entre los indígenas de nuestras colonias de las Indias y también entre los pueblos de la China, incluso los calmukos y tártaros, las cifras comunicadas hasta hoy por los viajeros más dignos de crédito, dan un resultado completamente igual. La desproporción á que he aludido, deja, pues, en cierto modo de ser esa desproporción, y moralmente se encuentra poco menos que destruída.

—¿Y qué palabra me aconseja V. que emplee,

padre mío (preguntó Luísa, en quien aquellos resultados satisfactorios no alteraron la calma y la reserva), para sustituir la frase de que me he valido hace un momento, la frase impropia?

—Luísa (replicó su padre), me parece que nada hay más sencillo. Limitándote al examen estricto del hecho, el problema que tienes que resolver es el siguiente: ¿Mr. Bounderby pide mi mano? Sí la pide; luego ¿debo casarme con él? Me parece que nada es más sencillo que todo esto.

—¿Debo casarme con él?—replicó Luísa con imperturbable sangre fría.

—Justamente. Y me es muy agradable, como padre, pensar que no emprendes el examen de esta cuestión, movida por las ideas y las costumbres de la mayor parte de las jóvenes de tu edad.

—En efecto, papá (contestó Luísa); tiene V. mucha razón.

—Á ti te toca decidir ahora (dijo Mr. Gradgrind). Te he expuesto el hecho como lo ponen los espíritus prácticos; te he dicho también que Bounderby ha dirigido á tu madre y á mí sus pretensiones á un mismo tiempo. En cuanto á lo demás, mi querida Luísa, tú eres quien debe decidir.

Desde que empezó la conversación, Luísa no separó los ojos de su padre, mientras éste, respaldándose en el sillón, y clavando á su vez en su hija una mirada penetrante, hubiera podi-

do observar en ella un momento, un solo momento de vacilación, en que se sintió impulsada á arrojarle al cuello de su padre, y á confiarle las emociones de su corazón, duramente torturado. Mas para ver esto, hubiera sido preciso que Mr. Gradgrind saltase á piés juntos por encima de las barreras sociales que alzaba desde tanto tiempo atrás entre él y esas esencias sutiles de la humanidad, que escapan siempre á la penetración de los ingenios más privilegiados en el álgebra, hasta el momento en que el sonido de la trompeta suprema haga entrar en la nada al álgebra misma. Las barreras eran muy altas y muy numerosas, y Gradgrind no podía salvarlas de un solo salto. Gracias á la expresión impasible, utilitaria y práctica de su fisonomía, reprimió el impulso de la joven, y la ocasión se precipitó en el golfo sin fondo del pasado, para mezclarse á tantas otras ocasiones perdidas y ahogadas por el tiempo. Dejando de mirar á su padre, Luísa permaneció tan largo espacio contemplando la ciudad sin decir una palabra, que Mr. Gradgrind preguntó al fin:

—¿Estás consultando con las chimeneas de las fábricas de Cokeville, Luísa?

—Ahí no hay en apariencia más que una humareda perezosa y monótona; sin embargo, cuando llega la noche, el fuego resplandece, padre mío,—respondió Luísa, volviéndose con viveza.

—Todo el mundo sabe eso, Luísa. No veo en qué pueda estar relacionada tu observación con lo que estamos hablando.

Preciso es hacerle la justicia de conceder que ni remotamente veía esta relación. Luísa disipó sus observaciones mediante un ademán imperceptible, y fijando toda la atención en su padre, continuó:

—Papá, muchas veces he pensado que la vida es muy corta.

Esto entraba tan esencialmente en el dominio de Gradgrind, que interrumpió á su hija diciendo:

—Sin duda es muy corta, hija mía: sin embargo, está demostrado que la duración de la vida humana ha aumentado durante estos últimos años. Los círculos de diversas compañías de seguros sobre la vida, y de compañías de rentas vitalicias, ha establecido positivamente el hecho como un resultado irrecusable.

—No hablo de mi propia vida, papá.

—¡Oh! ¿De veras? No necesito, Luísa, hacerle observar que tu existencia está sometida á las mismas leyes que gobiernan la existencia de las masas.

—Quiero, mientras dure, hacer todo el bien que pueda, es decir, el poco bien que me han puesto en estado de poder practicar.... pero no importa.

La última palabra pronunciada por Luísa, pareció mortificar un poco á Mr. Gradgrind, que exclamó:

—¿Cómo que *no importa*? ¿No importa qué?

—Mr. Bounderby (continuó Luísa en tono firme y resuelto, sin reparar en la interrupción) pide mi mano. El solo problema que tengo que resolver, se reduce á averiguar si deberé casarme ó no con ese caballero. ¿No es esto, papá? ¿No es esto lo que V. me ha dicho?

—Sin duda, hija mía.

—Sea. Puesto que tanto le agrada á Mr. Bounderby tomarme por esposa, no veo ninguna razón para no acceder á su solicitud. Dígale V., papá, tan pronto como le vea, que ésta es mi resolución. Repítale V. palabra por palabra, si es que puede, porque tengo empeño en que sepa con rigurosa exactitud todo cuanto he dicho.

—Siempre es bueno ser exacto, hija mía (continuó Mr. Gradgrind en tono de aprobación). Tu deseo es muy razonable, y yo te ofrezco cumplirlo. ¿Tienes algún otro que expresar relativo á la época de tu casamiento, hija mía?

—Ninguno, papá. ¿Qué me importa?

Mr. Gradgrind había acercado un poco su silla y tomado la mano de su hija; pero la exclamación que Luísa acababa de repetir sonó desagradablemente en su oído. La miró un instante en silencio, y exclamó, sin soltarle la mano:

—Luísa : he creído inútil hacerte una pregunta , porque la posibilidad que implica me parece muy lejana. Pero quizás he debido hacértela. ¿No has oído jamás en secreto ninguna proposición de esta clase ?

—Papá (respondió Luísa , en tono casi desdenoso) : ¿y qué otra proposición hubieran podido dirigir á mí? ¿Á quién he visto? ¿Adónde he ido? ¿En dónde están las experiencias de mi corazón ?

—Mi querida Luísa (replicó Mr. Gradgrind, satisfecho y tranquilo), tienes razón; yo he dicho un disparate. Quería únicamente cumplir un deber.

—¿Sé yo, acaso (continuó la joven con su habitual sangre fría), lo que son simpatías , lo que es un capricho, una aspiración ? ¿No se ha ahogado la parte de mi naturaleza que hubiera servido para desarrollar cosas tan fútiles ? ¿ Me he visto libre un solo instante de los problemas que se pueden resolver, de las realidades que se pueden demostrar ?

Al decir esto, cerró instintivamente la mano, como si hubiera comprimido un cuerpo sólido, y después la abrió lentamente, como para dejar caer polvo ó cenizas.

—Hija mía (replicó el padre eminentemente práctico , con aire encantado); eso es verdad, mucha verdad.

—¿No soy yo la última persona en el mundo, á quien pudiera dirigírsele tan extraña pregunta, padre mío? (continuó Luísa.) Esas preferencias infantiles... (he aprendido esto, á pesar de todos los cuidados de V.), que son comunes entre los niños, nunca han hallado un asilo inocente en mi corazón. Tan cuidadoso ha sido V. de mí, que nunca he tenido un corazón de niño. Tan bien me ha educado V., que nunca he tenido un sueño de niño. Ha obrado V. con tanta prudencia respecto á mí, que desde la cuna hasta hoy , nunca he concebido una creencia ni un temor de niño.

Mr. Gradgrind se sintió conmovido por el éxito que había alcanzado , y con el testimonio lisonjero de las palabras de Luísa:

—Hija mía (exclamó) : recompensas con exceso todos mis afanes. Dame un beso, alma mía.

Y su hija le besó. El padre, deteniéndola entre sus brazos, continuó de esta manera :

—Puedo asegurarte, hija mía predilecta, que labra mi ventura la sabia determinación que acabas de tomar. Mr. Bounderby es un sujeto muy notable, y la ligera desproporción que podría hallarse en vuestras edades, si es que existe alguna, queda más que compensada con el nervio vigoroso que la educación ha dado á tu inteligencia. Mi objeto ha sido siempre educarte de modo que , aun desde tus más tiernos años,

fueses, si puedo expresarme así, casi de edad tan madura como la mía. Dame otro beso, Luisa, y ahora vamos á buscar á tu madre.

Bajaron juntos al salón en que aquella apreciable señora, inaccesible á toda niñería, estaba tirada, según su costumbre, sobre un canapé, mientras Cecilia trabajaba á su lado. Daba algunas señales de haber vuelto á la vida en el momento en que ellos entraron, y al cabo de algún tiempo, la sombra chinesca consiguió sentarse.

—Señora Gradgrind (dijo su marido, que había esperado con cierta impaciencia á que hiciera aquella evolución); permítame V. que le presente la señora Bounderby.

—¡Oh! (dijo la señora Gradgrind); ¿está ya concluído ese asunto? Pues bien; espero que gozarás de buena salud, Luisa; porque si llega á ponérsete mala la cabeza, tan mala como la mía, desde el principio de tu casamiento, no me parecerá tu suerte muy digna de envidia, aunque sin duda pensarás lo contrario, como todas las muchachas. Es igual; te doy la enhorabuena, hija mía, y vive convencida de que deseo que te aprovechen todos los estudios acerca de la *hechología*. Quiero darte un beso en señal de despedida; pero hazme el favor de no rozarme en el hombro derecho, porque tengo en él no sé qué dolor que me anda de arriba abajo. Ahora, ya ves (continuó arreglando sus envoltorios des-

pués de aquella ceremonia de afecto), pasaré muy malos ratos, pensando día y noche cómo deberé llamar á ese hombre.

—¡Señora Gradgrind! (exclamó su marido en tono solemne); ¿qué es lo que quiere V. decir?

—Que cómo deberé llamar á ese hombre cuando sea marido de Luisa. Necesariamente he de darle un nombre cualquiera. Es imposible (continuó con cierto tono, que anunciaba á la vez un sentimiento profundo de las conveniencias y de su propia dignidad) dirigirle constantemente la palabra, sin darle nunca un nombre. Yo no puedo llamarle Josué, porque ese hombre me es insoportable. Él mismo no querría oír pronunciar un nombre de tan mal gusto, demasiado lo sabe V. ¿Debo llamar *caballero* á mi propio yerno? Sin duda que no; á menos que esté ya reducida, bajo el pretexto de que soy una infeliz inválida, á ver á mis parientes, y á mi hija, insultarme y humillarme. ¿Cómo, pues, le he de llamar?

No habiéndola auxiliado ninguno de los presentes en aquellas circunstancias difíciles, sugiriéndole un medio de resolver el problema, la señora Gradgrind volvió á tenderse en el canapé, después de añadir el siguiente codicilo á las observaciones que ya había hecho.

—En cuanto á la boda, todo lo que te pido, Luisa, y te lo pido con palpitaciones de corazón,

que positivamente se me extienden hasta las plantas de los piés, es que se lleve á efecto todo lo más pronto posible. No quiero que sea una de las muchas cosas á las que nunca les veo el fin.

Cuando Mr. Gradgrind presentó á la señora Bounderby, Cecilia volvió rápidamente la cabeza, y miró á Luísa con aire á la vez de sorpresa, de compasión, de pena y de incertidumbre. Luísa lo adivinaba y lo veía, sin necesidad de mirar á la joven. Desde aquel momento se hizo impasible, fría y altiva; rara vez se acercaba á Ceci, y cambió para con ella completamente.

CAPÍTULO XVI.

Marido y mujer.

El primer disgusto de Mr. Bounderby al saber su felicidad, fué causado por la precisión en que se hallaba de comunicar aquella noticia á la señora Sparsit. No sabía por dónde empezar, ni podía formarse una idea de cuáles podrían ser las consecuencias de semejante paso. ¿Se marcharía con armas y bagajes al palacio de lady Seadgers, ó bien se negaría obstinadamente á ceder el puesto que ocupaba? ¿Lanzaría suspiros amargos, ó armaría alguna que fuese sonada? ¿Vertería todas las lágrimas de sus ojos, ó le sacaría á Bounderby los suyos? ¿Se dejaría romper el corazón, ó rompería los cristales? Esto era lo que Bounderby no podía prever de ninguna manera. Sin embargo, como el dar la noticia se hacía indispensable, se resolvió á darla, y después de haber empezado infinidad de cartas sin concluir ninguna, creyó lo más prudente dar la nueva de viva voz.

Al volver á su casa la noche que había fijado